



Un
PEQUEÑO
traspíe

*Rosario
Vila*

UN PEQUEÑO TRASPIÉ

ROSARIO VILA

© Rosario Vila, 2018.

Vectores de la portada diseñados por Freepik.

Todos los derechos reservados.

PRÓLOGO

—¿Dónde estaba usted hace un mes, tres semanas y cuatro días? —me preguntó el abogado de la acusación.

—¿En qué cayó eso? —le pregunté.

—No lo sé, dígamelo usted... —me respondió con retintín.

—En este momento no lo recuerdo, deje que lo mire en mi agenda.

—¿Por qué necesita mirarlo? ¿Acaso esconde algo?

—¡No! Es que así, de sopetón, no me situó en el tiempo. —
Abrí mi bolso y comencé a rebuscar nerviosa en él.

—¡Culpable! —gritó una mujer del jurado que se puso de pie.

—¡Pero si ni siquiera he contestado todavía! —me quejé.

—¿Y a qué espera? —me preguntó el abogado.

—Se lo acabo de decir, necesito comprobar la fecha. — Reanudé la búsqueda de mi agenda, una que sabía que no existía, mientras unas gotitas de sudor empezaban a formarse en mi frente. Intuí que el flequillo se me iba a ondular y eso me fastidió.

—¿Por qué lleva usted un exprimidor en el bolso? ¿Qué clase de persona depravada haría algo así? —me preguntó el abogado.

—Eso no tiene ninguna relevancia para el caso. —Paré de buscar en seco y me puse erguida en mi silla del estrado.

—Permítame que sea yo quien decida qué tiene relevancia y qué no la tiene —me reprendió el juez.

El abogado comenzó a dar lentos paseos frente a mí con las manos cogidas a su espalda, me miró de medio lado y me preguntó: —¿Dónde están los cítricos...?

—¿A qué se refiere, Señoría? —le pregunté extrañada.

—Su Señoría soy yo —me dijo molesto el juez.

—¿Por qué va usted por ahí con un exprimidor si no está en posesión de naranja alguna? —me preguntó el abogado.

Le di un par de vueltas al exprimidor en mis manos y no supe qué contestar. Pero no me pareció que ese detalle fuera tan importante, también llevaba un paraguas en el bolso y no estaba lloviendo. ¿Por qué llevaba también la...? ¿La qué? ¿La *Enciclopedia de penes magistrales*? ¡De quién era eso! ¡Y por qué iba cargada con ella!

—Qué esconde —me exigió contestar el abogado.

—¡Nada! —dije cerrándola rápidamente.

—¿Es esa su agenda?

—¡No! —le negué, sintiendo un fognazo en las mejillas.

—¿Quién es Gustav Cipotlov?

—¿¿¿Quién???

Me miró un instante en silencio, sonrió sarcástico y me dijo:

—Ya sabe... El del, ejem... *ci-po-tlov*.

—No tengo ni idea. ¿En qué página está? —le pregunté.

—¿No lo sabe? Parece que tiene usted un extraño problema de memoria.

Rabitos de pasa, señorita Arnaiz, rabitos... —me dijo, señalando la enciclopedia con la barbilla.

—Los rabitos no tienen ninguna relevancia para el caso —me defendí muy digna.

—Eso depende de a qué rabitos nos estemos refiriendo. ¿A esos de ahí los llamaría usted así?

Había un primerísimo primer plano de un «cipotlov» que ocupaba dos páginas y al verlo eché la cabeza hacia atrás a causa de la impresión.

—Bueno... —dudé. Giré la enciclopedia frente a mí y ladeé la cabeza hacia el lado contrario.

—¡Todavía no me ha contestado a lo que le he preguntado!
—me gritó un momento después, dando una fuerte palma sobre el estrado.

—¡Es que no sé cómo llamarlos! —lloriqueé.

—¡Deje de mirar esos penes y dígame dónde estaba hace un mes, tres semanas y cuatro días!

—¡Me está usted liando! ¿Qué tiene eso que ver con el exprimidor? —le pregunté angustiada.

—¡Culpable! —gritó la mujer de nuevo.

—¡Silencio en la sala, por favor! ¡Así no puedo concentrarme! —dije masajeándome las sienes.

—Eso solo lo debería ordenar yo, ¿no cree? —me «sugirió» el juez.

—¿No es verdad que estaba usted ese día en el cine Gran Capitol, con el encargo de escribir una crítica para la revista en la que trabaja? —me preguntó el abogado.

—No se lo podría asegurar, no encuentro mi agenda —le contesté sin mirarle, rebuscando en mi bolso desesperada.

—¿¡No es verdad que se agenció usted algo ese día que no le pertenecía!?

—Asintió con furia al acabar la frase y el flequillo le cayó sobre los ojos.

—¡No! —me defendí asustada.

—¡Sí! —me gritó él.

—¡Me estoy haciendo pis! —le informé inquieta.

—¡No se levante! —me ordenó el juez.

—¡Pero tengo que ir al baño, se me ha ondulado el flequillo! —me excusé comenzando a hiperventilar.

—¿No es verdad que con toda su intención y alevosía...?

—¡No! ¡No es verdad! —grité sin dejarle acabar.

—¿Y no es también verdad que cuando usted llegó a casa...?

—¡Le he dicho que no! —insistí al borde de las lágrimas.

—¿Que no, qué...? —me preguntó apoyando el brazo en el estrado, seguro de que me había cazado.

Miré a mi alrededor. Todo el mundo se había levantado de sus asientos.

Caminaban lentamente hacia mí y poco a poco hicieron un círculo para acorralarme.

—Dejadme en paz. Yo no hice nada... —murmuré atemorizada. Tenía la camisa por la parte de las axilas empapada en sudor y el flequillo lleno de ondas, prácticamente rizado. Lo sé porque me lo toqué y lo noté. El pecho me subía y me bajaba rápidamente en un intento desesperado de mis pulmones por hacer su función vital. Estaba al borde de un infarto de anacardo. O como se llamara eso, estaba tan nerviosa que no me salía la palabra.

El abogado entornó los ojos con una sonrisa perversa e hizo un gesto con la cabeza en mi dirección. Los miembros del jurado, sedientos de justicia, supieron que les estaba dando carta blanca para atacar.

—Soy inocente. Cualquier cosa que penséis que he hecho es mentira...

¡Soy inocenteeeeeeeeeeeeeeee...!

—... eeeeeeeeeeeeeeeee!

Abrí los ojos en medio de un ataque de pánico. Todavía estaba gritando cuando desperté boca arriba, agarrada con fuerza a la sábana bajera. Me costó respirar con normalidad durante un buen rato aun sabiendo que había tenido una pesadilla. Ningún abogado me estaba acusando, no había ningún jurado y tampoco un juez. Pero tenía motivos verdaderos para estar preocupada, lo sabía bien, yo misma había desencadenado mi ristra de problemas un mes, tres semanas y cuatro días atrás.

CAPÍTULO 1

«Venga, la última», nunca es la última. ¡Amigos, aceptémoslo de una vez!

Todo lo que nos proponemos en ese momento es mentira, sabemos perfectamente que no lo vamos a cumplir. Las personas hemos nacido con un gen que muta cuando se empapa en alcohol, nos convierte en ilusos patológicos. Cuántas veces me habré propuesto yo, en esa alegre circunstancia, cosas tan improbables como saltar en paracaídas en pijama, matricularme en otra carrera —con lo que me costó acabar la que tengo— o presentarme a un casting para entrar en el balé sinfónico de Praga. Sí, sinfónico, hasta ese punto me vengo arriba. Fífi la Fofa celebraba el lanzamiento de su nueva colección primavera-verano con una de sus fantásticas fiestas. No me la podía perder. Me encantaba su manera de pasárselo todo por el meridiano de Greenwich y dejar bien claro que eso era exactamente lo que hacía. Su nombre artístico lo escogió para que nadie, excepto ella, pudiera reírse de su sobrepeso. Y sus diseños,

tan imposibles que nadie en el mundo se atrevería a lucirlos, la habían hecho más famosa que la Nocilla. Además, Carolo y Armando iban a estar allí. Hacía dos semanas que no los veía y me apetecía ponerme al día con mis amigos. Era un martes y al día siguiente tenía que trabajar, pero eso no iba a ser un problema porque me había marcado un límite muy estricto de tres Martinis que no pensaba sobrepasar bajo ningún concepto.

—Venga, Chocho, la última —me propuso Carolo.

—¡Vale! —acepté feliz. Si mis cálculos no me fallaban, aquel era mi Martini número cinco. Ja, ja, ja. ¡Por el culo te la hincó!

—¿Podrías corregir tu lenguaje de aquí a la boda? —le pidió Armando a Carolo—. Todavía tienes una cantidad razonable de tiempo. Espero que para entonces hayas desistido de tu intención de decir «Sí, quiero, Pichita». — Tenía una mano metida en el bolsillo de su pantalón marrón de pana y con la otra sujetaba un whisky con hielo, Armando era tan clásico y correcto que la palabra «pichita» en su boca me parecía aún más graciosa.

Carolo y Armando no podían ser más diferentes, parecía ser verdad eso de que los polos opuestos se atraen. Mientras que Carolo disfrutaba codeándose con lo más del panorama actual y haciendo uso del argot choni en la intimidad, Armando lo hacía empapándose de cultura y hablando como si se hubiera tragado un diccionario. Carolo era un exitoso diseñador de moda y Armando un reputado director de teatro, tenían dos profesiones en las que habían triunfado y que les permitían vivir a todo tren.

—Pues a mí «pichita» me parece el mote cariñoso más mono del mundo —le dijo Carolo a Armando. Puso morritos, ladeó la cabeza y subió un hombro sugestivo.

—¿Qué lleva ese brebaje verde que estás tomando? ¿Es *cucumis sativus*?

—le preguntó Armando.

—No, no es pepino. Y si quieres que deje de llamarte «pichita», ¡no me hables más en latín! —exclamó frustrado Carolo. Frunció los labios y lo miró de lado muy erguido—. Este jersey está lleno de bolitas. Dios mío, cómo he podido dejarte salir así... —le comentó preocupado un instante después. Se puso a arrancarle bolas invisibles del hombro de su jersey y cuando creyó haber acabado con todas le dijo—: Lana, cuello alto y rayas rojas y blancas.

¡Tan demodé! ¿No te das cuenta de que pareces un profesor de literatura?

—Fui profesor de literatura —le recordó Armando.

— *Chissst*. No digas eso aquí. ¡Nadie tiene por qué saber que tienes un pasado! —le riñó Carolo.

Pues yo conocía el pasado de Carolo y no era mucho mejor, si es que ser profesor de literatura era algo tan horrible. Cuando mi camino y el suyo se cruzaron por motivos de trabajo, Carolo se llamaba Carlos López e iba siempre vestido con los mismos pantalones de camuflaje y un jersey negro de rejilla. Ahora se llamaba Carolo Lacroix, y si veía una arruga en su estiloso traje chaqueta le subía la tensión.

—¡Mirad qué tenemos aquí, son Gloria y la extraña pareja! —exclamó Fifi.

Caminaba hacia nosotros entre los invitados, pero lo hacía como podía.

Llevaba un vestido de látex que imitaba a un enorme preservativo y el aro del bajo no le dejaba moverse con soltura. Además, la tetilla en la parte superior de su gorro, del mismo elástico material, le caía sobre la cara tapándole la visibilidad de un ojo.

—Espero que te refieras a la versión de *La extraña pareja* de 1968. En mi opinión, los *remakes* son una pretenciosa aberración cultural —le comentó Armando.

—Qué boñiga más fantástica... ¡Estúpidamente ideal! Es una maravilla de la espantajería —le dijo Carolo a Fifi admirando su vestido.

Al reírme casi se me sale el Martini por la nariz, pero conseguí sorberlo a tiempo y no desperdicié ni una sola gota.

—Muy amable, maricón —le respondió Fifi—. Diseñadores de postín...

No tenéis ni idea de lo que es crear. Todo son copias y más copias de lo mismo, no habéis hecho algo original en vuestra vida —dijo rodando los ojos. O, al menos, rodó el derecho. El izquierdo lo tenía oculto tras la tetilla del gorro y no lo podría asegurar.

—Pues eso que llevas puesto me suena. Un preservativo no es tan original, tengo la mesilla de noche hasta arriba de ellos —le dijo Carolo.

—Claro, porque no tienes ocasión de usarlos. Armando se pasa las noches leyendo a Dostoievski —me burlé de él.

Ja, ja, ja, ja. ¡Qué rapidez mental!

—Si quieres te paso unos cuantos. Me parece que tú esta noche vas a tener ocasión de hacerles uso... —me dijo Ca-

rolo. Señaló mi torso con un gesto de su cara.

Miré hacia donde me indicaba y me tapé rápidamente con los brazos. Se me había bajado un tirante de mi corto vestido dorado de lentejuelas y tenía una pera fuera. No me asomaba con timidez, la tenía completamente expuesta a los elementos. Los espasmos de la risa de hacía un instante debían de haber sido los causantes del sibilino desliz de mi tirante. No encontré una explicación más digna. Me negué a considerar la más probable: me había pasado con los Martinis y estaba tan atolondrada que no lo había notado bajar.

Fifí, Armando y Carolo comenzaron a reírse de mí. Armando perdió la compostura soltando agudos rebuznos intermitentes, Carolo cruzó las piernas como si fuera a hacerse pis y Fifí se reía tan fuerte que la tetilla de su gorro le botaba sobre la cara. Miré a mi alrededor y vi cómo un hombre de no más de metro y medio, que bien podría haber sido mi abuelo, me tiraba un beso y me guiñaba el ojo.

—Creo que me voy, mañana tengo que trabajar —me excusé avergonzada.

Carraspeé y me alisé unas arrugas inexistentes de mi vestido.

—¿Ya te vas? No me irás a decir que es porque se te ha visto una teta.

¿Pero tú has visto cómo van todas aquí? No hay ni una sola que lleve bragas —me dijo Carolo.

—¡Es verdad, yo no llevo! —nos informó Fifí riendo.

—¿No llevas bragas? —le pregunté.

—No las necesito, la barriga se me junta con los muslos y me tapa la raja.

—¡Qué fuerte eres, Chocho, no conozco a nadie con menos clase que tú!

—le dijo Carolo entre carcajadas—. Venga, la última —me propuso animado.

—No. Es que... —dudé. Miré a mis amigos y los tres asintieron con ilusión, no querían que me fuera. Una fiesta es como el universo, todo en él tiene una razón de estar ahí. Si un elemento falla, los otros dejan de funcionar. Imaginemos que un día se apagara el sol, ¿qué pasaría con los chiringuitos de las playas?—. ¡Vale, venga! —accedí feliz.

CAPÍTULO 2

Diez horas después me juraba a mí misma que jamás, pero JAMÁS, iba a volver a tomarme la última. Aunque no estaba segura de cuál se podía considerar la última. En según qué casos, esa podía ser tan solo la segunda.

¡Incluso la primera! Si no había ninguna más después, la primera se convertía automáticamente en la última. Eso me parecía muy poco... Tenía una resaca horrible y me faltaban horas de sueño para estar en plenas facultades, había llegado a casa pasadas las tres de la madrugada. Al meterme en la cama sujeté en mi mano una piedra azul con supuestos poderes sanadores que Carolo me trajo de Senegal, le di un beso, le pedí despertar fresca como una rosa y la metí contenta bajo la almohada. No funcionó. Cuando me sonó el despertador me incorporé como si estuviera oyendo la

alarma de un ataque nuclear. Fui mareada hasta la cocina y me hice un café, me di una ducha con gel de aromaterapia y después de arreglarme entré con sigilo en mi habitación. Saqué lentamente la piedra azul de debajo de la almohada. Le había cogido una manía que no podía con ella, me sentía estafada por Carolo y por todo el pueblo senegalés. La miré con los ojos entornados y, en un arranque de furia, la tiré por la ventana. Casi me da algo cuando oí el sonido de un cristal rompiéndose un segundo después. Asustada, me aparté del campo de visión de ojos indiscretos y me pegué de espaldas a la pared. Pero no podía quedarme con las ganas de saber qué había pasado y, poco a poco, me fui asomando... ¡Es que era tonto o qué! ¡Ahí no se podía aparcar!

¡Encima iba a ser yo la culpable de que le hubiera roto un cristal de la furgoneta! Me agaché y caminé de cuclillas con mi bolso a la espalda hasta salir de mi habitación, cerré la puerta de casa, me subí las solapas de mi abrigo y bajé decidida a la calle. Tuve que atravesar el corrillo indignado que se había formado frente a mi portería, pero agarré la montura de mis gafas de sol, miré hacia arriba y grité:

—¡Desgraciados! Menuda gentuza vive aquí.

Me puse en marcha taconeando a toda deprisa. Doblé rápidamente la esquina y el bajo de mi abrigo al viento, desapareciendo detrás de mí, fue la última visión de mi presencia en la escena del crimen.

—¿Todavía estás aquí? El pase de la película para la prensa es dentro de media hora —me recordó mi jefa.

—Tranquila, Cocó, las cosas de palacio van despacio —le contesté. Estaba haciendo la fotosíntesis frente a mi ordenador, tenía un sueño horroroso y me encontraba fatal.

—¿Cuáles son esas cosas palaciegas? Llevo observándote desde que llegaste y no te he visto hacer el más mínimo movimiento. Ni siquiera has pestañeado.

Podía ser verdad, me notaba los ojos secos...

—Vale. ¡Vale! Confieso, anoche estuve en la fiesta de Fifi.

—¿Fifi la Fofa? —me preguntó.

—La misma. ¿Cuántas Fifis conoces que tengan sobrepeso?

—Dios —exclamó, sacudiendo la cabeza de brazos cruzados—. En las fiestas de esa mujer solo hay esperpentos, farsantes del dedal y regueros de alcohol. Gloria, un día vas a coger una enfermedad.

—Creo que ya la he cogido. Llevo un rato pensando y no soy capaz de sacar la raíz cuadrada de dos —dije inerte.

—¿Es que antes podías?

—No. Pero eso no significa nada, hice una carrera de letras.

—Ya me parecía a mí.

—¿Qué insinúas? ¿Que las rubias somos tontas? —le pregunté.

—Insinúo que no sé si puedo fiarme de ti para que hagas la crítica de esa película. Ahora mismo me lo estás poniendo muy difícil.

—Eso me ha dolido, Cocó. Sabes lo responsable que soy.

Una cosa era que la noche anterior hubiera tomado una mala decisión, y otra muy diferente que pusiera en tela de juicio mi profesionalidad. Yo adoraba mi trabajo. Eso sí, no